

**Ponencia seleccionada del I Seminario Contenido:**

**Aportes de las Ciencias Sociales a la Cultura**

**EL DESDOBLAMIENTO PSICOLOGÍA/CULTURA Y SUS IMPLICANCIAS PARA  
REPENSAR LA SITUACIÓN POLÍTICA DE LA PSICOLOGÍA**

**Rodrigo Morales Martínez<sup>1</sup>**

*Universidad de Chile.*

En primer lugar decir que el título para estas ponencias es tentador en varios aspectos. Por una parte permite tomar la vía de hacer referencia a algo así como un anecdotario de lo que podría dar cuenta de ciertas transformaciones socioculturales movilizadas por la psicología o en las que ésta ha participado de modo directo o indirecto. Ahí uno podría referirse al rol que la psicología ha cumplido en algunos debates, interno o públicos, respecto de temas de implicancia sociocultural como la situación compleja de ser adolescente hoy, o los vestigios de la violencia política en un Chile postdictadura o las relaciones entre género e igualdad. También podría hacerse referencia a la situación de la psicología, o en específico la de psicólogos, en contextos públicos, en sus acciones alternativas, entre otras.

Sin embargo, si bien acá hay mucho que decir he optado por otro análisis, dado que entiendo que estos temas serán mencionados más adelante y que, por lo mismo, se abre espacio para una lectura diferente.

En este sentido quisiera concentrarme inicialmente en el título para estas ponencias, aquel que se pregunta al menos dos cosas: por una parte, se pregunta si la psicología incide en las transformaciones sociales de nuestra cultura y, por otra parte, se pregunta si en esa influencia la psicología opera más bien como un dispositivo de control o como un dispositivo de liberación.

Creo que en este modo de presentar las cosas hay algo muy interesante que si bien podría no abarcar la totalidad de la propuesta del título podría levantar un ángulo de análisis igualmente relevante.

---

<sup>1</sup> Psicólogo Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Magíster en Filosofía con Mención en Metafísica, Universidad de Chile. Magíster en Psicología Clínica con Mención en Constructivismo, Universidad Mayor. Académico Universidad de Chile y Universidad Alberto Hurtado.

De este modo el abordaje de la ponencia –en estricto de su título– propone dos momentos consecutivos. En primer lugar, un análisis que intentará tensionar la supuesta dicotomía entre psicología y cultura como discursos complementarios. Luego, en segundo lugar, desde la comprensión de la psicología como manifestación tecnológica de la cultura y su normatividad, instalar el ejercicio político de la psicología como una acción precisamente orientada a la deconstrucción de esa representación dicotómica dominante, todo ello en el margen de acciones específicas del psicólogo.

Respecto del primer punto, el declarar que la psicología puede incidir en lo cultural, en su andamiaje social, lleva consigo, en parte, cierta premisa: la idea de que por un lado está la psicología y por otro lado la cultura, en el entendido de que la psicología pudiera actuar performativamente sobre la cultura, como estableciendo una relación de enlace o complemento entre ambas<sup>2</sup>.

En este sentido observamos que la psicología despliega su habla desde espacios de alta legitimidad: desde la universidad, desde medios de comunicación masivos, o desde la misma situación terapéutica. Desde estos monolitos habla sobre la adolescencia, sobre el género o sobre lo que sea consultada. Cada uno de estos espacios de habla, instala y refuerza una posición que hace reconocer en la psicología una particular capacidad de examen y análisis de su entorno. Desde ahí, su discurso respecto de lo conveniente para la cultura –bajo los márgenes disciplinares de la salud mental– encuadra en un juego explicativo la experiencia de sí mismo (el autoconocimiento podríamos decir) de quienes se hayan sujetos a ella.

Sin embargo, acá debemos poner atención en algo que a mi juicio resulta clave. La psicología, al igual que varias otras tecnologías modernas que operan bajo la premisa de una relación explicativa respecto de lo humano, aparece desde estos márgenes externos a la cultura como observatorio de la cultura, como garante de su legitimidad, precisamente porque una de las manifestaciones claves de la cultura moderna tiene que ver con ese desdoblamiento que eyecta un discurso disciplinante por encima de sus condiciones de producción. Lo que decimos, es que este particular hablar de la psicología, desde cierta distancia, como analista de las

---

<sup>2</sup> En un imaginario colectivo la mayoría de nosotros pudiera pensar así, es decir, mediante esta lógica de enlace entre ambas. Para ello es posible distinguir situaciones, como las que mencioné al inicio de esta ponencia, las cuales reflejarían la aparente relación entre psicología y cultura como si se tratase de dos ámbitos separados.

contingencias, es en rigor una de las formas particulares en que se manifiesta la cultura moderna en su desdoblamiento discursivo.

Por ello diríamos que en la psicología opera una importante tensión interna, en gran medida inconsciente, que aparentemente no le incomoda a su estructura disciplinar. Por una parte su discurso sobre la cultura le pertenece enunciativamente: es su acto declarativo, su performatividad, es la palabra del psicólogo. Pero al mismo tiempo su acto declarativo tiende a operar sólo como una técnica *sobre* lo humano, ininteligible en su dimensión ético política, si no se remite a las prácticas discursivas que lo constituyen y así al alfabeto que articula las condiciones que hacen legítima su representación dominante.

Lo que acabo de decir podría no resultar una gran novedad: que la psicología habla al mismo tiempo que es hablada desde la cultura que la constituye. Sin embargo, esta relación de mutua determinación revela un dispositivo político más complejo.

A medida que se mueve el último siglo en la disciplina psicológica se va constatando que esta condición política no es menor y que tiene que ver con procesos de subjetivación –como los mencionados al inicio u otros– que entran en un importante juego de determinaciones de lo humano. En este sentido, estos procesos de subjetivación se articularán políticamente desde dos registros: por una parte, con la operación de la psicología como dispositivo de gestión de social y su despliegue como buen encauzamiento de los cuerpos desde una concepción dominante de lo humano (la salud mental). Por otra parte, esta operación de la psicología como gestión política de lo humano se hace posible gracias a la especialización del dispositivo tecnológico, lo cual favorece el oscurecimiento de su proceso de eyección desde la cultura misma, borrando así su huella genética y apareciendo luego sedimentado en el ya antes mencionado discurso normativo de la salud mental.

Más aún, junto con esta eyección “desmemoriada” del discurso de la psicología su operación tecnológica no deja de insistir en ciertos actos de habla y sistemas de enunciados que articulan una matriz retórica centrada en el déficit, la rehabilitación –entre otras nociones– todas ellas narrativas que reiteran una idea de sujeto en falta permanente. Así, luego de este ejercicio de borradura e insistencia discursiva, no se encuentran a la mano huellas que permitan ejercer resistencia ante el sistema que la origina y sostiene. Dicho de otro modo, la especialización del

dispositivo de disciplina de la psicología –su régimen de control social– considera también el dejar escaso espacio para la deconstrucción de su representación dominante.

Con el Foucault de *Vigilar y castigar*, tendríamos que la psicología aparece entonces aumentada radicalmente en su fuerza productiva y reproductora de discurso, pero ciertamente disminuida en su fuerza política de transformación. Luego, con Rancière diríamos –para terminar de enfatizar el carácter político del análisis– que la psicología sin esta posibilidad de crítica de sus supuestos operaría como “una policía sin resistencia”, extraviando la posibilidad de ese momento político que hace posible la deconstrucción de su representación dominante<sup>3</sup>.

De este modo, convivimos con una psicología que como relato cotidiano va haciendo presente y dando forma en la cultura a ciertas premisas sobre lo humano, teóricamente ligadas a la salud mental, mas en un segundo nivel –en términos políticos– ligadas a las reglas de determinación del sujeto legítimo. Este último –normal o anormal– se caracterizará en nuestros tiempos por aparecer, tanto en el dominio público como en el privado, concebido desde la fragmentación de sus partes (*sujeto fragmentado*), por su constante disposición a la evaluación intrusiva (*sujeto cooptado*) y determinado por un principio de normalización que análoga salud a capacidad productiva (*sujeto productivo*)<sup>4</sup>.

Es así que si declaramos, tomando nuevamente la posibilidad del título de este encuentro, que la psicología “aporta a la cultura”, parece en este otro registro más preciso decir que la cultura se “reproduce” a sí misma, que insiste en su continuidad, mediante diversas tecnologías modernas, dentro de la cuales la psicología –en su clave explicativa de la psique– opera como una de ellas. Creo además que esta tendencia a borrar el origen sociocultural de la psicología y a reconocer luego al discurso de la disciplina como un discurso “para la cultura” da cuenta de un juego de poder, y así un juego de exclusiones, que modula convenientemente tanto lo perteneciente al relato dominante de la psicología como a sus relatos alternativos.

Tal juego de exclusiones hoy se hace presente pero, en consecuencia con la operatividad de su tecnología, su presencia aparece tácita y diseminada en la coexistencia pacífica de diversas

---

<sup>3</sup> Véase Foucault, M. (2002) *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI; y Rancière, J. (2006) *Política, policía y democracia*. Santiago de Chile: LOM.

<sup>4</sup> Véase Morales, R. (2011) *Poder, Subjetividad y Psicoterapia: Alcances y Consideraciones desde la Analítica foucaultiana hacia una Política de la Resistencia*. Tesis de Magister, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Disponible en [http://www.tesis.uchile.cl/tesis/uchile/2011/fi-morales\\_r/html/index-frames.html](http://www.tesis.uchile.cl/tesis/uchile/2011/fi-morales_r/html/index-frames.html)

prácticas de raíz psique que, en los bordes caricaturescos de su manifestación, legitiman inclusive la prolífica y rentable literatura de autoayuda. Esta última es un interesante ejemplo de tal operatividad ya que –tal como lo sugiere Russell– en su veneración a la tragedia y en el desvío de los temas relevantes de la actualidad reitera el llamado al repliegue del sujeto sobre su individualidad como uno de los supuestos base que, en clave política, conducen los procesos dominantes de subjetivación contemporánea<sup>5</sup>.

Entonces, para hablar de transformación tendríamos que distinguir, en lo que respecta la relación psicología y cultura, dos ejes:

Por una parte, encontramos una transformación tecnológica constante y acelerada de la psicología como dispositivo tecnológico (especialización, estrategias, técnicas, campos de estudio, etc.). Probablemente este es el movimiento más visible de la psicología y lo que la liga en un primer registro en su aparente aporte a la cultura: los avances en el tratamiento de (...) los nuevos desarrollos en (...) las validaciones de (...), etc. Sin embargo, por otra parte encontramos que la gran mayoría de estos desplazamientos están operando al mismo tiempo en un segundo registro el cual se haya al servicio de la insistencia de cierta constancia sociocultural que hace posible su ejercicio disciplinar. Aquí tenemos el paradigma de la salud mental, el paradigma de la medicina, el paradigma de la rehabilitación, el paradigma del emprendimiento, entre otros.

Dicho de otro modo, los movimientos –al menos de la psicología dominante– parecen generar una paradójica dinámica que permite, en el nivel puramente técnico, acelerados avances, pero en un nivel cultural, algo parecido a aquello que parte de la crítica contemporánea ha denominado como la “reproducción de lo mismo”<sup>6</sup>.

Diría acá entonces que la psicología no acontece como dispositivo o de control o de liberación social, sino que en ella reside, por este “atravesamiento” cultural, una operación constante de procesos de subjetivación que por medio de su performatividad cotidiana establecen ciertos juegos de poder que más que entregar cuotas de libertad o establecer cuotas de control van determinando una regla más o menos general del aparecer de los cuerpos. Es el llamado

---

<sup>5</sup> Para una revisión de la relación entre política, subjetivación moderna y literatura de autoayuda considérese el interesante trabajo de Russell, A. (2008) *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Madrid: Katz

<sup>6</sup> Véase Baudrillard, J. (1978) *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós

“reparto de lo sensible” en términos políticos, aquel que determina no sólo el reparto de roles en el entramado sociocultural, sino más aún, el reparto de los espacios y tiempos desde donde se definen y reparten aquellas posibilidades<sup>7</sup>.

En este momento resulta oportuno diferenciar, particularmente en la acción pública, la psicología por una parte, como discurso transferido desde un régimen sociocultural, que se reproduce en sus tecnologías, del psicólogo como el sujeto que vive al interior de este conflicto, igualmente transferido, pero –y he aquí la diferencia– poseedor de cierta cualidad moral que puede implicar la distancia necesaria para instalar interrogantes subversivas como las de esta jornada.

Surge entonces la pregunta de cómo la psicología, o cómo el psicólogo, puede lidiar con este régimen sociocultural si ella misma –o el mismo– es en cierta medida un rendimiento discursivo de lo que podría intentar someter a crítica. Cómo interpelar su origen y fundamento si en ello debe interpelarse a sí misma o a sí mismo como obra.

Para acercarnos a estas interrogantes diremos que si bien hemos señalado que la psicología aparece como una manifestación de la cultura moderna también es cierto que la psicología no es un puro efecto de lo cultural –una suerte de epifenómeno de ella. En su emergencia como relato la psicología constituye la posibilidad –al menos la posibilidad– de un nuevo ejercicio discursivo. Así, la psicología en su decir como “envío” desde la cultura puede inaugurar un relato de segundo orden, imposible sin la cultura a la base, pero al mismo tiempo capaz de sumergirse críticamente en su propio proceso de sedimentación, en su epicentro, o como antes lo hemos dicho, en la deconstrucción de su representación dominante.

La psicología en esta capacidad deconstructiva respecto de sus condiciones de producción podría –si así se lo permite– desafiar su propio régimen de afirmaciones constituyentes. Por ejemplo, binomios dominantes como salud/enfermedad, normalidad/anormalidad, la idea de (re)inserción social, la idea de (re)habilitación, la noción de cambio terapéutico, la idea de asistencia terapéutica, la idea de experticia, o de neutralidad, o de población, entre otras. No obstante, al menos desde este modo de comprensión, para interpelar a la matriz sociocultural

---

<sup>7</sup> Véase Rancière, J. (2009) *El reparto de lo sensible: estética y política*. Santiago de Chile: LOM

constituyente, la psicología no tendría otro camino que no pasara necesariamente por examinarse a sí misma como disciplina.

La complejidad que acarrea esta reflexión es que aquello no encuentra fácilmente lugar en “la psicología” como institución de salud mental, articulada a su vez en los márgenes de la salud pública y privada y sus concomitancias políticas y de mercado. Ello va dejando el espacio de la crítica –y la posibilidad de transformación– casi exclusivamente en la acción de algunos psicólogos y estudiantes de la disciplina. En este escenario recuerdo que en plena época de movilizaciones, el año pasado, enviamos, en el marco de las jornadas de reflexión del postgrado de la línea sistémica de la Universidad de Chile, una carta al Colegio de Psicólogos, planteando una tensión similar a la presente en esta jornada, pero adecuada a las coyunturas del momento, no muy diferentes a las de hoy. La carta suponemos que llegó, pero no tuvimos respuesta. De algún modo la respuesta también llegó, en la noticia del silencio quizá por el “no a lugar” de nuestras palabras.

Respecto de esto último me gustaría considerar un extracto de esta malograda carta. Decíamos en ella:

“El decir de la psicología en el acontecer actual creemos que no debe ser el de un espectador pasivo que opina sobre un hecho que ocurre a distancia. Ello no sólo porque la psicología, como discurso sobre la salud mental, debe tener opinión (es responsable al mismo tiempo que se beneficia de tenerla), sino porque la psicología existe como una práctica social, como una forma de vida, cuyo sostén no es otro que la legitimación dada por la comunidad. Dicho de otro modo, la psicología no puede tomar distancia del acontecer social que la hace posible y si así lo hiciera su práctica se reduciría a una mera tecnología, a un artificio, o a una artesanía, no obstante con el arrojo de una ciencia disciplinar”<sup>8</sup>.

Lo que esta carta buscaba era derechamente “politizar la psicología”, claro está, más allá del prejuicio traumático ligado a tal noción en nuestra historia reciente. Politizarlo significaba para nosotros reconocer que lo psicológico, en sentido amplio, participa de un juego de

---

<sup>8</sup> Carta al Colegio de Psicólogos de Chile de Estudiantes y Docentes de Pre y Postgrado de la Línea Sistémica de la Universidad de Chile, Julio de 2011

determinaciones que, más allá de las escuelas o áreas de la psicología, tiende, de modo dominante, a la fragmentación del discurso psicológico en un espacio público igualmente fracturado y, desde ahí, garante de la aparente neutralidad del psicólogo como agente social para la salud mental.

Como conclusiones finales plantearía lo siguiente:

Primero, que aquel modo del habla que separa ingenua –o convenientemente– la psicología y la cultura desconoce un asunto clave: no es posible hablar de la psicología desde un alfabeto que no sea el mismo de la cultura y el régimen social que le da forma y legitimidad a su palabra. Es decir, la cultura se “reproduce” a sí misma mediante esta tecnología moderna que es la psicología, de acuerdo a cierta recursividad en la comprensión de lo humano.

Segundo –y ligado a lo anterior– la psicología no puede ser una psicología o del control o de la liberación dado que su narrativa ha operado fundamentalmente como un juego de delimitaciones, que más allá de liberar o controlar, se ha encargado de encuadrar, en clave de salud mental, tanto representaciones disciplinares como procesos de subjetivación dominantes.

Sin embargo –en tercer lugar– los juegos enunciativos posibles desde ese alfabeto no están completamente cerrados. He aquí lo relevante, ya que, desde esta indeterminación de base, la performatividad práctica de la psicología podría ser capaz, si así lo intentase, de redirigir su acción hacia la revisión de la representación misma que la ha hecho posible, proponiendo de tal forma un problema diferente al tensionar la cultura desde la inquietud autocrítica, tanto de sus prácticas como de sus fundamentos. Ello podría albergar, de tal modo, la posibilidad de una diferencia no menor en su acción de transformación sociocultural.

En cuarto lugar, ninguno de estos ejercicios resultará posible sin la acción crítica de la psicología, pero esencialmente de los psicólogos que la encarnan, quienes insisten o tensionan su legitimidad. Tampoco parece un camino auspicioso si en su examen no se conecta con otros sujetos, igualmente objetivados, emergentes de otras tecnologías modernas –entre ellas la misma Universidad. Esto dado que generar las condiciones de posibilidad para el autoexamen implica necesariamente la mirada “desde y con los otros”, con el rostro de los otros discursos, en un ejercicio de recuperación, de encuentro de aquello que en las últimas décadas ha permanecido radicalmente dividido.



Finalmente, todo este análisis es un planteamiento marginal que cobrará sentido sólo en la medida que sea capaz de responder al conflicto que más allá de la psicología como institución vivencia el psicólogo como sujeto transferido en este despliegue político. Me refiero a la tensión del psicólogo que por ejemplo, en el marco de su trabajo público en acciones clínicas de “reinserción” o “rehabilitación” se encuentra en esta paradoja: entre el deseo de ayudar rigurosa y honestamente al que consulta, pero al mismo tiempo inquieto respecto del valor último que se persigue al enfocar su acción profesional en torno a este imperativo de “habilitación” a un espacio sociocultural ciertamente cuestionable.